

Los lunes de LA TARDE

Cuento

Una historia reciente

Vivo en una deliciosa quinta situada en Auteuil. Una calurosa tarde del mes de Junio estaba yo tocando el violín. Estudiaba el adagio del segundo cuarteto de Mendelssohn, cuando de pronto llamaron a mi puerta. A los pocos momentos se me presentó un hombre completamente desconocido para mí. El intruso se quitó el sombrero y se sentó en un sofá. —Dispense usted, caballero—me dijo—me haya permitido entrar sin haberme anunciado previamente. Soy vecino de usted y esto disculpa mi atrevimiento. Adoro la música. Le he oído tocar el violín y he sentido un violento deseo de trabar relaciones de amistad con usted. —Vaya un tipo original—dije para mis adentros. —Toco el violoncello—añadió el desconocido—y cuando nos conozcamos mejor, podremos ejecutar juntos algunas piezas. ¿Qué tocaba usted ahora? —Un cuarteto de Mendelssohn. —¿Qué gran artista! Le prefiero a Beethoven. —Yo también. Si no temiese ser indiscreto, le suplicaría a usted que repitiese lo que estaba tocando. Cogí mi violín y repetí el adagio. —¿Qué hermoso es eso y qué bien traduce usted el pensamiento del maestro! Le pido a usted mil perdones por mi osadía: pero me di cuenta de la circunstancia de haber sufrido mucho en este mundo. El desconocido se levantó y me dio entre sus manos. —¡Lloro todavía la muerte de mi mujer—exclamó—y he estado loco durante mucho tiempo! Semejante confesión no dejó de producirme cierta alarma. —Pero estoy curado y busco el olvido en el cultivo del arte. Me es usted simpático y deseo referirle mi historia, confiándole un terrible secreto. —No quisiera—dije a mi interlocutor—reavivar sus penosos recuerdos. —Al contrario, el relato me será beneficioso. Tenía yo veinte años y era dueño de una fortuna que me permitía vivir en toda independencia. Cierta día fui presentado a los D'Anfreville, antigua familia de Poitou, que residía en un soberbio castillo de las inmediaciones de París. El marqués era padre de dos muchachas encantadoras: Margarita y Dionisia. Seducido por sus gracias, visité con frecuencia la casa. Amaba a las dos hermanas y no tenía marcada preferencia por ninguna de ellas. No tardé en comprender que las dos me correspondían con su afecto. Al fin, después de mil vacilaciones, me decidí por Dionisia y la pedí en matrimonio. El dolor de Margarita fué inmenso. La infeliz ocultó como pudo sus angustias; pero desde entonces sintió un odio profundo por su hermana. Celebróse el matrimonio con suntuosas fiestas, en las que Margarita fingió mostrarse indiferente a todo cuanto ocurría. Hice un viaje a Italia con mi mujer y al poco tiempo de haber regresado a casa de mi suegro, cayó enferma Dionisia, presa de un mal indefinible. El médico de la familia la visitaba diariamente, sin saber a qué atenerse acerca de la dolencia de mi esposa. El estado de Dionisia empeoraba de día en día. Una tarde, durante una ausencia de Margarita, me dijo la pobre enferma: —¡Me muero, Cayetano, me muero envenenada por mi hermanita! Está celosa de mi felicidad y quiere ser tu mujer. Júrame que no te casarás con ella. Se lo juré y la desdichada murió sin proferir una palabra más. A los pocos instantes entró Margarita. La cogí por el cuello y, arrojándola hasta el lecho, la coloqué ante la muerte. —¡Miserable!—exclamé en el colmo de la indignación.—¡Contempla tu obra! ¡Lo sé todo!... Margarita cayó de rodillas y me confesó su crimen, achacándolo al amor que me profesaba. —No quiero entregarte a la justicia —le dije—por no deshonrar a la familia; pero es preciso que te alejes para siempre de esta casa, donde no vuelva a verte jamás. De lo contrario... —Te obedeceré—me contestó—quedarás satisfecho de mí. Al día siguiente la encontraron muerta en su cama. Se había envenenado.

Las dos hermanas me legaron toda su fortuna. Muerta Margarita; sólo yo conocía el terrible secreto. Pero no había contado con el médico. Al regresar del cementerio, el doctor me llamó aparte y me dijo: —Señor conde, le felicito a usted por la habilidad con que sabe utilizar los venenos. —¿Qué quiere usted decir con eso? —le pregunté. —Que la causa contra usted ha de ser muy ruidosa. Sospeché algo cuando la muerte de Dionisia y hoy tengo las pruebas del delito. He analizado el contenido del frasco de que se ha servido usted para envenenar a su cuñada. —¡Yo asesino!... —Si, señor, y heredero de las dos víctimas. Los jueces aclararán el misterio. Estaba aterrado ante tan terrible acusación. Era imposible justificar mi inocencia. —Doctor—le dije—soy culpable y no quiero manchar el nombre de dos familias honradas. Estoy resuelto a matarme. —¡Perfectamente! Mediante esa condición no diré una palabra. Le pedí el tiempo necesario para ordenar mis asuntos y para hacer un corto viaje a una de mis posesiones. Quiso acompañarme, temeroso sin duda de que faltase yo a mi palabra y salimos juntos en dirección a una de mis posesiones. Debíamos bajar del tren en una estación, a la que llegaba de noche. Cuando el tren amortiguó su marcha, abrí de pronto la portezuela y arrojé a la vía al doctor, que se había dormido. Y ocurrió lo que era de esperar. Mi acompañante cayó bajo las ruedas. Pedí socorro y detúvose el tren. El doctor no formaba más que una masa sangrienta. —¡Me había salvado! —Dígame que había bajado antes de la detención reglamentaria, y todo el mundo dió crédito a mi relato. Pero tan repetidas emociones quebrantaron mi razón y me volví loco rematado. El desconocido se levantó y me dijo con voz entrecortada: —¡Pese usted ya mi secreto! —¡No he tratado de averiguarlo! —¡Uno de los dos está demás en el mundo!—gritó el intruso, adelantándose hacia mí. Me oculté prudentemente detrás del piano, temeroso de un brutal atentado. Me hallaba, sin duda, ante un loco furioso. —¡Voy a arrojarte por la portezuela—gritó fuera de sí abriendo una ventana. Casi al mismo tiempo tocaron a mi puerta y corrí a abrir. Presentóseme un anciano muy bien trajeado, seguido de dos hombres vestidos con largas blusas. —Soy el doctor Maxfesto—me dijo con un ligero acento extranjero, director de un manicomio.—Uno de mis albergados se ha escapado del establecimiento y, según mis pesquisas, debe de haberse refugiado en esta quinta. —Sí, señor, y por fortuna, llegan ustedes a tiempo. —¡Dios sea loado! Se trata del conde Martini, un desdichado que ha perdido la razón a consecuencia de la muerte de su esposa, a la que amaba con delirio. Se figura que murió envenenada. —Quería arrojarme por la ventana. —Esa es su manía. Ahora mismo vamos a apoderarnos de su persona. Los individuos que me acompañaban son dos ayudantes del manicomio. Entramos en la sala. El loco estaba, al parecer, sumamente excitado. —Va a tener un ataque de furor—dijo el alienista. —¡Doctor!—exclamó el loco.—¡Ese hombre trata de denunciarme y necesito su vida. Abalanzóse hacia mí y los dos hombres se apoderaron de él con gran trabajo. Uno de ellos sacó de debajo de su blusa un paquete de cuerdas. —Su presencia le irrita—me dijo el doctor—y conviene que se oculte usted para ver si logramos amansarlo. No deseaba yo otra cosa. Abrí la puerta de un gabinete inmediato, en el que entró a toda prisa. El médico corrió inmediatamente al cerrojo, dejándome como encerrado. Desde mi encierro oí un ruido extraordinario y la voz del doctor que decía: «¡Calmate, señor conde, calmate!» El ruido partía a los pocos momentos de mi dormitorio. Al cabo de un cuarto de hora no

oía nada. Sin duda el doctor había logrado su propósito y se había olvidado de descorrer el cerrojo. Permanecí en errado largo tiempo, hasta que el portero, que me sirve de criado, vino a ponerme en libertad. —¿Y el loco?—le pregunté. —¿Qué loco? —En aquel momento noté que los cajones de mis muebles estaban descorrajados, y que me habían desaparecido mis alhajas, mi violín, que era un precioso Stradivarius, unos bronces de extraordinario mérito y dos cuadros de muchísimo valor. Corrí a mi dormitorio y vi que mi secretaire había sido también desbaldado. Lancé un grito de angustia y comprendí la farsa de que había sido objeto. ¡Aquéllos miserables me habían robado lo más selecto de cuanto poseía!

EUGENIO FOURRIER.

Para las solteras

No cargues de cadenas con el hierro al que miras rendido a tu amor puro ó llorarás, al fin, tu torpe yerro: la mujer tiene al hombre más seguro en plena libertad que en dura encierro. Si su palabra olvida tu novio, no te muestres de él quejosa y quédale, más bien, agradecida, pues prefirió, soltero, aun cuando tú imagines otra cosa, con la novia burlada ser sincero, a ser, casado, falso con la esposa. Aun cuando la pasión tu mente ofusque, no busques novio y deja que él te busque, pues yo, en estos asuntos, he observado que es mejor el que busca que el buscado. Cuando tu corazón sientas herido por el dardén, que engendra mil torturas, llama en tus males al doctor Olvido, que es el que hace en amor mejores curas! Si es soltera, no creas a la amiga que al darle, ingenua, de tus bofas parte, te coma a besos y falz te diga que celebra tu dicha y buena estrella, pues de seguro no le de perdonarte el que te cases tú primero que ella. CASIMIRO PRIETO.

El tercer marido

HONORINA BRISOL.—Hace ocho días que ha contraído matrimonio con el general Brissol. Es viuda de dos maridos: M. Martoret y M. Bernillon. Tiene cuarenta años y es todavía extraordinariamente hermosa. EL GENERAL BRISOL.—Ha cumplido sesenta años y está admirablemente conservado. La escena pasa en el castillo de Dracy, propiedad de Honorina, al día siguiente de la llegada de los recién casados. HONORINA.—Vamos a ver, mi querido general, ¿qué te ha parecido mi casa? BRISOL.—¡Soberbia! ¡Es una finca encantadora! ¿Cuándo la compraste? HONORINA.—La heredé de mi primer marido. BRISOL.—¡Ha!... ¿De M. Martoret? HONORINA.—Sí, de mi pobre León. Me legó toda su fortuna. ¡Era tan bueno!... BRISOL.—Y todos estos magníficos cuadros, todos estos preciosos objetos de arte que hay en estos salones, ¿de donde proceden? HONORINA.—Mi segundo marido era muy aficionado a las Bellas Artes. BRISOL.—¿Ganaba mucho dinero M. Bernillon? HONORINA.—Sí, mucho, gracias a la fábrica fundada por él y a todos los establecimientos que de ella dependían. BRISOL.—Y que te ha legado también, según he visto en nuestro contrato de boda. HONORINA.—Sí. Por cierto que ignoraba yo sus intenciones. Después de su muerte se encontró un testamento en el que me instituyó su heredera universal. BRISOL.—Hay que convenir en que no se han portado mal contigo tus anteriores maridos. HONORINA.—A pesar de todo, no soy tan rica como tú. BRISOL.—Es natural que el hombre aporte al matrimonio mayor caudal que la mujer. Y, hablando de otra cosa: ¿Aquí en Dracy viviste con tus dos maridos? HONORINA.—Sí, y aquí viviremos también nosotros. Honorina y el general se dirigen al

parque y llegan hablando a un sitio retirado. El general se queda sorprendido al ver de pronto en el centro de una especie de plazoleta dos monumentos funerarios de mármol. HONORINA (contestando a la mirada de Brissol).—Sí, son ellos... Mi pobre León a la izquierda... BRISOL.—¿Y Julio a la derecha? ¡Que idea tan extravagante la de conservar en su casa!... HONORINA.—Dispénsame, hijo mío. La casa era de uno de ellos, y los dos fueron mis bienhechores. Tal vez soy culpable de haber exagerado la piedad de los recuerdos y el culto debido a la gratitud. BRISOL.—Tal vez tengas razón. Pero, francamente, a primera vista este espectáculo te deja a un frío, sobre todo teniendo en cuenta que hay sitio para un tercer monumento. HONORINA.—¡Por Dios, no me digas eso! BRISOL (leyendo las inscripciones).—«León Martoret, fallecido a la edad de treinta y cinco años.» «Julio Bernillon, fallecido a la edad de treinta y ocho años.» «Los dos casi a la misma edad! ¿Y de que murieron? HONORINA.—Martoret era un gran cazador y un día cogió una insolación. Me lo trajeron con el cerebro trastornado y la razón perdida. A pesar de mis cuidados, fué preciso llevarlo a una casa de salud. El infeliz murió al cabo de un mes. El pobre Julio sufrió casi la misma desdicha. Antiguo politécnico, se pasaba la vida haciendo números y trabajando quince horas diarias. El exceso de trabajo le fué en extremo perjudicial. Llegó a ser un monomaniaco peligroso, y no tuve más remedio que meterle en un manicomio, donde murió al año siguiente. BRISOL.—Vámonos de aquí. Transcurrieron alegremente los días sucesivos, sin que se interrumpieran los encantos de la luna de miel. Un mañana paseábase solo el general por el campo, cuando se le ocurrió entrar en la casa de labranza regentada por el tío Baulan. BAULAN.—E, usted, mi general, el antiguo teniente del 23 de línea? BRISOL.—¿Me conoce usted? BAULAN.—¡Ya lo creo! Soy Baulan, su antiguo asistente, a quien un día salvó usted de los prusianos, cerca de Metz. BRISOL (tendiéndole la mano).—¡Mi querido Baulan!... BAULAN.—¡Cuánto me alegro! ¡Usted en mi casa... (Haciéndole sentar). Cuando usted se casó con la señora me pregunté: ¿Si será mi teniente? ¡Y veo que estuve en lo cierto! BRISOL.—¿No podríamos echar un trago? BAULAN.—¿De veras, mi general? ¿Quiere usted beber conmigo un vaso de vino? BRISOL.—Aunque sean dos. (Estrechándole nuevamente la mano.) ¡No puedes figurarte cuánto me place el haberte encontrado al cabo de tantos años! El colonlo pone en una mesa una botella y dos vasos y se sienta respetuosamente enfrente del general. Hablan de los recuerdos de otros tiempos, y después recae la conversación sobre asuntos de actualidad relativos a la agricultura y a las relaciones de los colonos con la propietaria de la finca. Naturalmente, hablan también del matrimonio de Honorina con el general, y al llegar a este punto, Baulan se levanta y va a cerrar la puerta, a fin de que nadie pueda entrar a interrumpir el coloquio entablado. Después vuelve a sentarse. BAULAN.—Mi general, me salvó usted la vida y es posible que pueda pagarle a usted mi deuda. Quiero cumplir con mi deber, suceda lo que suceda. BRISOL.—¿Se trata acaso de mi mujer? BAULAN.—Sí, señor, de ella precisamente. ¡Ah!... ¡Si yo le hubiese visto a usted antes de casarse!... BRISOL (alarmado).—¡Habla, hijo! BAULAN.—Le ha dicho a usted la señora de que murieron sus anteriores maridos? BRISOL.—Sí, me ha dicho que murieron locos los dos. BAULAN (levantándose).—¡Mi general, ya sabe usted que soy un hombre honrado! ¡Pues bien, juro por nuestra bandera que M. Martoret y M. Bernillon estaban tan locos como usted y yo. BRISOL.—¿Que no estaban locos? ¡Pues no los encerraron en un manicomio? BAULAN.—Sí, señor; á causa de una ley. No soy fuerte en esas materias; pero sé que hay una ley, según la cual puede ser encerrada una persona mediante un certificado firmado por un médico.

BRISOL.—Pero un médico no firma sin haber comprobado... BAULAN.—A menos que sea un canalla que esté de acuerdo con la mujer que quiere libertarse de su marido. BRISOL (con violencia).—¿Te atreves a acusar a la señora? BAULAN (interrumpiéndole).—Sí, señor. Lo que digo es cierto. Yo no miento nunca, mi general. En aquella época no era yo colono. Servía de criado en el castillo y ví y oí lo que pasaba. BRISOL.—Háblame con franqueza, en la inteligencia de que nada tienes que temer. BAULAN.—Conocí a la señora cuando era muy niña. Era hija de un comerciante del país, tenido en muy poca estima. La señora estaba dominada por la ambición y deseosa de ser duña del castillo, conquistó a M. Martoret, que era la bondad personificada. Al poco tiempo de realizado el matrimonio, el pobre se vió precisado a hacer testamento. El notario se presentó como por casualidad, y se extendió el documento en un abrir y cerrar de ojos. BRISOL.—¿Y la insolación de que fué víctima M. Martoret? BAULAN.—Ocurrió cuatro meses después del testamento. Una tarde, á eso de las cuatro, se oyó gritar á la señora: «¡Pronto, que vayan á buscar al médico; el señor tiene una congestión.» Desde aquel día no volvimos á ver á M. Martoret. Le habían encerrado en su cuarto, en el que únicamente entraban la señora y el médico. Una noche metieron á viva fuerza al amo en una berlina. M. Martoret gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Miserables! ¡Asesinos!» mientras los caballos corrían al trote hacia el manicomio. BRISOL (aterrado).—¿Y allí murió? BAULAN.—Sí, señor. Yo estuve en el establecimiento uno de cuyos empleados me dijo en secreto: «Tu amo no estaba loco y ha sufrido horriblemente en esta casa.» BRISOL.—¿Y M. Bernillon? BAULAN.—La señora le trajo de Luchon, como le trajo á usted de Vichy, mi general. Hizo lo mismo que con el otro, aunque la cosa duró más tiempo. BRISOL.—¿Y hay alguna prueba de que no estuviese loco? BAULAN (sacando un papel del armario).—Sí, mi general, estas líneas me me escribió pocos días antes de su muerte. BRISOL (leyendo).—«Mi querido Baulan: Tú eres la única persona en quien tengo confianza. Te escribo para que se sepa lo ocurrido. No estoy loco ni lo he estado nunca. Lo he intentado todo para salir de este infierno; pero la mujer que me ha metido en él es muy hábil y quiere que muera. No puedo más y me suicido.» (Después de un momento de silencio.) ¡Eso es espantoso! ¡Y eran siempre el mismo notario y el mismo médico! BAULAN.—Los mismos, que sin duda estarán acechando su nueva presa. ¡No se fie usted de la señora, mi general! BRISOL (levantándose).—¡Gracias Baulan! ¡Tu deuda está pagada! Al cabo de una hora, después de haber dominado Brissol su emoción, regresó al castillo en el momento del almuerzo, muy tranquilo y muy satisfecho de su paseo. HONORINA (cogiéndole con una sonrisa de ternura ideal).—Las salidas matinales te prueban admirablemente. ¡Estás rejuvenecido! ¡Tienes apetito! Precisamente nos acompañarán dos vecinos á quienes he convidado y que de van conozcote: mi notario y mi médico. BRISOL (no pudiendo contenerse).—¿Tan pronto? (Rectificándose.) Quiero decir, tan pronto interrumpes nuestro dúo amoroso? A los pocos momentos se hacen las presentaciones y comienza el almuerzo, durante el cual reina las más franca cordialidad. Después pasan todos á un saloncito inmediato, donde se sirve el café. BRISOL (ofreciendo un cigarro al notario).—¿Ya que está usted aquí, quiero aprovechar tan preciosa ocasión para hacer mi testamento! HONORINA (sorprendida).—¿Tu testamento? ¿Quién piensa ahora en eso? BRISOL.—Esto no significa que vaya uno á morir en seguida. El documento será muy breve. (Al notario) Escriba usted: «Legó toda mi fortuna á mi mujer...» HONORINA.—¡Ah!... ¡Cuanta bondad!... BRISOL (continuando y con acento jovial).—Pero, esta disposición será nula, y mi fortuna pasará á mis herederos naturales, si muero loco ó encerrado en un manicomio. MIGUEL PROVINS

Lecturas femeninas

Matrimonios curiosos

En el Extremo Oriente los esponsalicios son ceremonias de las más bizarras y características, que hacen quedar estupefactos á los raros europeos que asisten á las mismas. En Cochinchina, por ejemplo, se concluyen como entre nosotros se combinan los encuentros sobre el terreno entre dos adversarios. Proyéctase un cambio de testigos, los cuales hacen vaticinios, consultan á los adivinos más renombrados sobre el porvenir de los novios, y después de haber interrogado en el templo á las almas de los antecesores para conocer si aprueban ó no la proyectada unión, pasan á discutir la dote y la cantidad y calidad de los regalos. Después de esto fijan los días y el número de visitas de pragmática entre los prometidos esposos. Y estas visitas son bastante grotescas. En la primera los dos novios se arrojan recíprocamente y con una cierta vehemencia algunos puñados de arroz. En la segunda la antigua costumbre cochinchinesa prescribe que los jóvenes maqueen la misma hoja de ensalada, lo que es, para éstos, la mayor prueba de simpatía que dos seres puedan darse. En la tercera un europeo no podría estarse serio ni aún que lo amenazaran con la decapitación inmediata. Es imposible no desternillarse, de risa viéndolos como se retuercen en inclinaciones á cual más bufá y hacer luego reverencias de sumisión con las manos y con los pies. Esto para los matrimonios de primer orden. Para los de segundo orden no se gastan zalamerías. La formalidad se reduce, ni más ni menos, á lo estrictamente necesario. En el Alto Laos, el día de la boda, la familia de los esposos, y las personas más notables de la población, se reúnen en torno de una estera sobre la que se hallan dispuestos los vasos tradicionales con las flores, las candelas, las bananas, el arroz, el ganso lustral y un vaso de alcohol. La ceremonia, después, es típica. El esposo ha de arrodillarse ante la esposa. En tal postura recibe la bendición de los padres y bebe en una copa, que luego pasa á los presentes, mientras la esposa andando con las manos y con los pies, distribuye las flores matrimoniales á los invitados. Viene la última escena... de la comedia nupcial. El más importante entre los individuos que asisten al casamiento ata con un hilo de algodón las muñecas de ambos esposos. Estos, dan, en el momento deseado, un tirón, el hilo se rompe y entonces la curiosidad de todos los presentes ya no tiene freno. Se trata de saber á cuál de los dos esposos ha quedado sujeta al pulso la parte más larga del hilo roto, porque éste adquiere el derecho de gobernar á su antojo la casa. ¡Es fácil figurarse le contenta que estará la esposa cuando la fortuna le es favorable!

La golondrina

Impregnado de glóbulas notas guturales, campestres, sentidas, percibo un murmullo al romper matinal de la brisa... Si; allá en lontananza, allá entre los pliegues de la lejanía musical filigrana gongorra, locuaz golondrina. Y á medida que en rápido vértigo dislocándose, á mi se aproxima y el frontero balcón escuchando entre tiestos y flores se inspira, parecen sus notas más dlientes tal vez, más sentidas. ¡Avecilla de fúnebres alas, amante y sencilla, que al alba despiertas de su lecho de nubes policromas, y al hásparo arrullas con dulces endechas de música rítmica! Yo no entiendo tu fluido lenguaje; no sé si tu lira amores preludia, ó ausencias suspira ó gime pesares ó canta alegrías... Sólo sé que al sonar de tus notas guturales, campestres, sentidas, en el mudo, indesciso horizonte se hunden mis pupilas y absorbo mi espíritu inconscientemente contempla y medita... AMANDO ACHEES.

JABON FLUIDO GORGOT

á base de hiel de vaca, afrecho y salol

EL JABON FLUIDO DE HIEL DE VACA, AFRECHO Y SALOL pone el cutis suave, fresco, fino y terso; con su cotidiano, desaparecen las pecas, los granos y las arrugas; da nueva y lozana vida al envoltorio que cubre nuestras carnes, y cuyas funciones son tan indispensables para la salud como para la belleza,

Modo de usarlo

Se empieza por mojar la parte del cuerpo que se quiera lavar, inmediatamente se le fricciona con la cantidad de jabón fluido necesario para su limpieza, siguiendo en las demás manipulaciones de lavaja, la misma costumbre de cuando se verifican con jabón en pastilla.

PRECIO DEL FRASCO 3 PESETAS

PUNTOS DE VENTA: Perfumería Canals, Brossa 10, y Perfumería Modernista, San Nicolás.

Colligite fragmenta.

Después de los sellos usados, monedas antiguas y extranjeras y papel estropeado para el envío de niños pobres, destinados al sacerdocio, y enviado al Despacho de la Obra de Belén, Caputxas, 4 entre, Barcelona.

SOCIEDAD GENERAL

DE

TRANSPORTES MARITIMOS A VAPOR DE MARSELLA

Servicio del mar de Agosto de 1905

LÍNEA PARA EL BRASIL

Saldrá de Barcelona el día 5 de Agosto para Bahía, Rio Jerey Santos, el grandioso y acreditado vapor francés

NIVERNAIS

Admite carga y pasaje para dichos puntos. Consignatarios en Barcelona: R. POL y Comp.ª, Dormitorio de San Francisco, 25, pral.

Anti-asmáticos Segala

PAPELES, CIGARRILLOS y PICADURA, que pueden usarse indistintamente para calmar en el acto todo ATAQUE DE ASMA y SOFOCACION.

DEPILATORIO SEGALA

Extirpa el PELO o VELLO, sin perjuicio ni incomodidad alguna y suaviza la piel. Sus resultados son inmediatos.

ANTI-HEMORROIDAL SEGALA

Cura las almorranas, (MORENAS) por crónicas que sean.

PARCHES SANTA RITA

Evitan el aborto y curan el dolor de los riñones, relajación y esterilidad. Deben usarse todas las señoras embarazadas.

Jarabe infantil Segala

Infalible en la BABA, DENTICION FORRO, IRRITACIONES CALENTURAS, etc., etc. ¡Siempre eficaz!

Lombricida Segala

Exclusivamente vegetal para la expulsión de las lombrices (CUCHS) Elaboración y venta: Botica Corona, Gigná, 5 Barcelona. En Palma de Mallorca: Farmacia B. Terraza, Fideos, 12.



Venta en todas las buenas Farmacias

HISTOGENO

LLOPIS

CURACION radical de la TUBERCULOSIS. Recomendado por todas las eminencias médicas.

Unicos importadores:—Centro Farmacéutico.—Palma de Mallorca.—Autor, Ferraz, 1 y 3, Madrid.

EVITA CANAS, CASPA Y CAIDA del PELO EL TRICÓFERO PADRÓ

Es el tónico y regenerador del cabello más antiguo y acreditado de España. Hace crecer el pelo sano, limpio y con un color natural. Evita la caída del pelo y mantiene la cabeza en estado de salud y limpieza. Farmacia del Globo, Plaza Real, 1, Barcelona, y en todas Farmacias, Droguerías y Perfumerías.

Gran fábrica de productos refractarios y de gré

M. CUCURNY

Propietario de las minas de tierras refractarias

Fabricación de ladrillos refractarios y de piezas de todos tamaños y formas según croquis.

Ventas de tierras refractarias. Fabrica: Bordets, Teléfono número 3,277. Despacho: Princesa y Cotonero 6, Teléfono 1,647, Barcelona.

Sociedad anglo-Española

De Motores, Gasógenos y Maquinaria General

(Antes JULIUS G. NEWILLE)

Compañía Anónima. Capital 2.000.000 de pesetas.—Domicilio: Madrid, Mahón.—Talleres en Mahón.—Bureau: Barcelona.—Centro: Madrid, Alcalá, 83 y 85.—Delegación de la casa: Grosell y Brubaker, de Manchester, Motora á gas.—Légitimo motor Greville para gas sobre petróleo, alcohol, etc., de todas potencias.—Gasógenos sistema Greville sin gasómetro ni caldera.—Gasógenos sistema «Dawson».—Calderas y máquinas de vapor.—Davey Paxman Compañía.—Instalaciones completas de afluente eléctrico, transporte de fuerza tracción eléctrica.—Bombas hidráulicas.—Bombas á vapor.

Materiales de minas.—Locomotoras y material para ferrocarriles.—Construcción de remolcadores, barcos de pesca y recreo, dragas, grúas.—Reparación de buques.—Construcciones metálicas.—Calentamiento y ventilación.—Fundición de piezas hasta de DIEZ toneladas.—Presupuestos gratis.—Motores instalados en España desde 1880.—Unico representante: BERNARDO ESTELA, Palma de Mallorca.

Cuando Quiera Vd. Píldoras, tome las de Brandreth

Puramente Vegetales. Siempre Eficaces.

Curan el Estreñimiento Crónico.

Las Píldoras de BRANDRETH, purifican la sangre, activan la digestion, y limpian el estómago y los intestinos. Estimulan el hígado y arrojan del sistema la bilis y demás secreciones viciadas. Es una medicina que regula, purifica y fortalece el sistema.

Para el Estreñimiento, Váridos, Somnolencia, Lengua Sucia, Alito Fétido, Dolor de Estómago, indigestion, Dispepsia, Fiebre del Hígado, Ictericia, y los desórdenes que dimanan de la impureza de la sangre, no tienen igual.

DE VENTA EN LAS BOTICAS DEL MUNDO ENTERO. 40 Píldoras en Caja.

Emplastos Porosos de Alcock

Remedio universal para dolores. Donde quiera que se sienta dolor aplíquese un emplastro. Agentes en España: L. URIACH & Co., BARCELONA.

NUNCA LAS CÁPSULAS PERUVIANAS BORRELL

han dejado de curar pronto y radicalmente las «Hemorragias» (purgaciones) «Gonorrreas» y demás flujos de las vias urinarias por crónicas que sean. Recomendadas por los principales médicos.

35 años de éxito creciente

Se venden en frascos de 75 cápsulas con su instrucción práctica á «3 pesetas» en todas las farmacias y en Palma á la de Juan Valenzuela, plaza de la Cuartera, 2.

Grageas Farré

DE LECITINA PURA DE HUEVO Y CACODILATO DE SOSA

Hasta la fecha son reconocidas estas grageas como el mejor depurativo el único más eficaz.

Son un reconstituyente de primer orden, tonifican el sistema nervioso y enriquecen la sangre á la vez que la purifican modificando solo la parte mala al revés de otros depurativos que la rebenjan en general perjudicando el organismo.

Sus efectos son tan rápidos y seguros que á las pocas tomas se manifiesta un bienestar general del individuo ó de la persona que padece.

Los que tienen humores herpéticos, ven desaparecer con su uso las manifestaciones de esta enfermedad que sienten en diferentes partes del cuerpo.

Las señoras que tienen localizado el hepaticismo en la cara y que les afea el cutis, observan la mejoría poniéndose las piel fina, y del calor natural.

Vente en todas las farmacias.—Representantes: Bozcana, Sucesores, Plaza de Cort, número 8—Palma de Mallorca.

Callicida Luch

Mata los callos, ojos de gallo y toda clase de durezas, sin causar dolor ni molestia. Precio una peseta. De venta: Gilberto Lasalle, San Nicolás 29 y en las farmacias, droguerías y zapaterías.

4 á 8 ptas.

por día Se desean personas de ambos sexos para trabajar con nuestra máquina de hacer calcetas, simple y rápida; trabajo sencillo todo el año á domicilio, sin experiencia. La distancia no importa y vendemos vuestro trabajo.

Dirigirse: Compañía LA COLMENA U. U. U. 5, Calle Elisabets.—Barcelona.

SE ALQUILA Un local propio para establecer en él una industria ó casa de huéspedes, tiene departamentos bien ventilados, céntricos, ténidos de fuente y de pozo y demás comodidades. Informarán en la calle de los Angeles, 14-2º

SE VENDEN A buen precio dos carros de transporte en buen estado de uso.—Informar: Antonio Pons (s) Capitan, Plaza de San Antonio.

Imp. de F. Guasp, Morey 6 y 8

Jarabe de Hipofosfitos

I. Freixas Romera Farmacéutico de Barcelona. Fórmula recomendada por eminentes médicos é indicada en cada frasco.

Medicamento poderoso para combatir la anemia, raquitismo, debilidad nerviosa, de efectos rápidos y seguros para abrir el apetito y devolver las fuerzas perdidas á consecuencia de enfermedades agudas. VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS—2 50 ptas. FRASCO. Unico representante en Baleares:—Cirujano-Pedicuro

Don Gabriel Palmer Gelabert

Plaza Cuartera 16=1.º—PALMA